

Rainer Maria Rilke

Cartas a un joven poeta

Traducción y nota preliminar
de José María Valverde



Alianza editorial

El libro de bolsillo

Título original: *Briefe an einen jungen Dichter*

Primera edición: 1980

Tercera edición: 2012

Novena reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción y nota preliminar: Herederos de José María Valverde

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1980, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-0910-2

Depósito legal: M. 23.797-2012

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Nota preliminar del traductor

- Cartas a un joven poeta
- 19 [Presentación]
- 23 Carta primera
- 31 Carta segunda
- 37 Carta tercera
- 45 Carta cuarta
- 55 Carta quinta
- 61 Carta sexta
- 69 Carta séptima
- 79 Carta octava
- 91 Carta novena
- 97 Carta décima

Nota preliminar del traductor

Las *Cartas a un joven poeta* encuentran su pleno sentido al situarse en el contexto de la obra de Rainer Maria Rilke, en el revés del tapiz de su creación poética. Pues, salvo la última de ellas, de 1908, se sitúan en el tránsito de 1903 a 1904, es decir, cuando Rilke completaba la tercera y última parte de su *Libro de Horas –El libro de la pobreza y de la muerte–* y componía ya algunas de las poesías que formarían *El libro de las imágenes (o de las estampas, 1902-1906)* y las *Nuevas poesías (1903-1907)*. Este parcial encabalgamiento cronológico de libros publicados por separado revela en el poeta la conciencia de un cambio formal, de una diversidad de intenciones y resoluciones, no sólo de temática. En efecto, ateniéndose a la inmediatez de los textos, la obra rilkiana en verso muestra una clara sucesión de fases: tras de las extensas *juvenilia* –no tan juveniles, pues-

to que llegan a sus veintitrés o veinticuatro años—, de un romanticismo un tanto delicuescente, viene la amplia trilogía *El libro de Horas*, ambivalente entre la religiosidad y el esteticismo; después, en *El libro de las imágenes* y en las *Nuevas poesías*, hay un fuerte viraje hacia una lírica óptica, impersonal, en que Rilke parece renunciar a sí mismo para que aparezcan las cosas mismas. Pues los poetas —dice— hacen mal en quejarse en vez

de transformarse, duros, en palabras
como el cantero de una catedral
se transforma en la calma de la piedra.

*[statt hart sich in die Worte zu verwandeln,
wie sich der Steinmetz einer Kathedrale
verbissen umsetzt in des Steines Gleichmut.]*

Esos versos, que cito según mi propia traducción de 1967, proceden del *Réquiem por un poeta* (reproche al poeta suicida conde Wolf Graf von Kalckreuth), que, con el *Réquiem por una pintora*, forma la pareja de grandes manifiestos de esa actitud objetivadora, plástica, que encontró su gran correlato en la exposición de Cézanne en París (1907), donde, póstumamente, este pintor largamente desconocido se impuso al fin a la conciencia general.

Después de esta fase de la poesía rilkiana, tan claramente caracterizada, hay una época de aparente

indecisión; sin embargo, a través de dificultosas vacilaciones, es entonces cuando se van gestando algunas de las *Elegías de Duino*, torrencialmente completadas en 1922, y contrapunteadas luego, con rapidez, por los *Sonetos a Orfeo*. Después, hasta 1926, cuando R. M. R. muere de leucemia, a sus cincuenta y un años, sólo habrá que tener en cuenta poco más que probaturas de versos en francés y algún *post-scriptum* sobre tonos y temas anteriores. Esta fase Duino-Orfeo muestra también una sensible diferencia respecto a la fase «objetiva»: el poeta habla como un oráculo, como un visionario desvelador de la entraña del universo. (Algún día habrá que estudiar hasta qué punto este Rilke marcó decisivamente a Heidegger, quien le conoció en 1924 y dió por entonces una entusiástica conferencia sobre él; sobre todo, aludimos a la obra de Heidegger posterior a *Sein und Zeit*.)

Pero el contraste entre estas fases rilkianas es sólo relativo, incluso en lo que cabría llamar su «pensamiento poético» –que, en su caso, se identifica con el «arte poético»–, su modo de sentir la vida y el mundo. Y aquí es donde pueden servir estas *Cartas a un joven poeta*, que contienen, simultáneamente, pensamientos que lo mismo pueden ser paralelos a versos de 1900-1902 que a su grandiosa vena culminada en 1922 –siendo más débil, en cambio, la correspondencia con la fase «objetiva» que fue desde 1902 a 1907, aproximadamente–. Rilke habla a su

joven admirador del destino del poeta —el «artista», dice a veces, en significativa sinonimia—, de Dios, de la mujer (sobre ésta, expresando un curioso feminismo, que no sabemos si las feministas de hoy agradecerán o rechazarán). Y aquí, sin la coartada y la impersonalización de todo texto poético, se plantea el núcleo central y constante de la actitud de Rilke, el sentido de su trabajo y su vida, que, con tanto margen de aproximación como de error, podría caracterizarse como arte hecho religión o religión hecha arte —«religión» más bien que «fe», en cuanto que aquel término dice ante todo «vida», «obligación» y «destino»; «arte» más bien que «poesía», en cuanto que así se acentúa mejor la belleza y la nitidez formal—.

El poeta —el «artista»— ha de estar llamado por la vocación absoluta, por la conciencia de que se moriría si no escribiera, y debe aceptar esa exigencia vital sin preocuparse por lo que otros digan sobre lo que escribe. Tal destino impone soledad total, aun en medio de la sociedad, y condiciona también su ideal del amor como darse libertad mutuamente; pero, sobre todo, es el destino ligado a su imagen de Dios, no como el que estuvo en el origen —en la niñez del poeta y en el arranque del mundo—, sino como obra de arte final, fruto y heredero de la creatividad de todas las generaciones humanas. El poeta, viviendo su soledad, creando su obra, va aplicando sus manos a la construcción de ese Dios que algún

día llegará, ya no para él; un ambiguo sentir que igual cabe llamar esteticismo teologizado que religiosidad estetizada.

El joven poeta de este epistolario, Franz Xaver Kappus, publicaría las cartas del maestro, después de la muerte de éste, a más de veinte años de distancia, con una breve presentación aquí también traducida. Hasta qué punto estas cartas sintonizarán con el sentir de algunos jóvenes poetas de hoy, es cosa difícil de prever; en todo caso, siempre servirán para iluminar por detrás el quehacer lírico rilkiano.

J. M. V.

Cartas a un joven poeta

[Presentación]

Era a fines de otoño de 1902. Yo estaba sentado en el parque de la Academia Militar de Wiener-Neustadt, bajo unos viejos castaños. Mi lectura me absorbía hasta el punto de que apenas noté que Horacek, capellán de la Academia, buen erudito y buena persona, venía hacia mí. Me quitó de las manos el libro que tenía yo, observó la cubierta y levantó la cabeza: «¡Poesías de Rainer Maria Rilke!», dijo, pensativo. Lo hojeó, recorrió algunos versos, lanzó una larga mirada a lo lejos y concluyó: «Así que el alumno René Rilke ha llegado a ser un poeta».

Me habló de Rilke, muchacho débil y pálido. Sus padres, hacía quince años, le habían hecho entrar en el Pritaneo militar de Sankt-Pölten, para prepararle para la carrera de oficial. Horacek era entonces capellán de esa escuela. Se acordaba muy bien de su alumno de antaño. Rilke era un muchacho si-

lencioso, serio, muy dotado; le gustaba mantenerse apartado y soportaba con paciencia el yugo del internado. Al cabo de cuatro años de estudios pasó con sus compañeros a la Escuela militar superior, que estaba en Maehrisch-Weisskirchen. Pero allí su constitución había de revelarse demasiado débil. Sus padres le retiraron de la escuela para hacerle seguir sus estudios junto a ellos, en Praga. De lo que había sido de su vida desde entonces, Horacek no sabía nada.

Poco después de esa conversación decidí enviar a Rainer Maria Rilke mis intentos poéticos, pidiéndole que los juzgara. Teniendo apenas veinte años, en el umbral de una carrera que sentía muy contraria a mis gustos, pensé que si alguien me debía comprender era el poeta de *Mir zur Feier*. Casi sin darme cuenta, nació una carta que acompañó a mis poesías: en ella me franqueaba más enteramente de lo que nunca había hecho y, por lo demás, de lo que nunca haría.

Pasaron largas semanas antes que me llegara la respuesta. La que recibí al fin llevaba, en sobre azul, sello de París y pesaba mucho en la mano. La letra del sobre, clara, bella y segura, volvía a hallarse en las hojas de la carta, desde la primera a la última línea. Mi correspondencia con Rilke, que empezó así, duró hasta 1908. Luego se espació: la vida me había empujado por caminos de los que precisamente me habría querido apartar el interés caluroso, tierno y